

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.ª É P O C A

Año 1947-N.ºs 21-22



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



IMPRESO EN ESPAÑA

EN LOS TALLERES DE LA ESCUELA PROVINCIAL DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27.—SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1947



Tomo VIII
N.ºs 21-22

SEVILLA
PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1947

SEGUNDA ÉPOCA

Núms. 21-22

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Leopoldo Salvador Gandarias.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza. Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

Págs.

Enrique Moreno Báez.— <i>Oración fúnebre de D. Fray García Guerra, por Mateo Alemán</i>	9
Miguel Romero Martínez.— <i>Notas a la «Silva a Sevilla Antigua y Moderna», de Rodrigo Caro. (Reimpresión de la edición príncipe)</i>	25
José Martínez Jiménez.— <i>Cancionero de Garci Sánchez de Badajoz</i> ...	37
Antonio Domínguez Ortiz.— <i>Documentos sobre el motín de la Feria en 1652</i>	69

MISCELANEA

Rafael Laffón.— <i>Un poeta olvidado: El sevillano Gabriel García Tassara</i>	97
José Hernández Díaz.— <i>El retablo de Jesús Nazareno, en Santa Paula</i>	103
Norberto Almandoz.— <i>La Biblia en la Música</i>	105
Antonio Martín de la Torre.— <i>La inscripción funeraria de Rómula</i>	109
Francisco Girón María.— <i>La Divina Pastora de Cortelazor</i>	111
Libros	115
Crítica de Arte.—Antonio Sancho Corbacho.— <i>Pintura</i>	129

ARTÍCULOS ORIGINALES

ORACIÓN FÚNEBRE

POR MATEO ALEMÁN

INTRODUCCION

Cuando Mateo Alemán, viejo, pobre y desengañado, se decide a pasar a América en busca de mejor fortuna, logra, no sabemos cómo, la protección de fray García Guerra, que había sido nombrado Arzobispo de Méjico el 20 de octubre de 1607. Con él partió de Cádiz el 12 de junio del año siguiente, y con él llegó a Veracruz y más tarde a Méjico, que salió a recibir al nuevo prelado con la pompa y solemnidad que en aquella época se acostumbraba.

Es difícil saber qué clase de servicios prestó Alemán a fray García Guerra, aunque podemos conjeturar que serían similares a los que Cervantes había prestado a Acquaviva en Roma, habida cuenta de la diferencia entre un mozalbete y un hombre en el ocaso de la vida. Lo cierto es que Alemán debió gozar de la familiaridad del prelado y que, alojado en su mismo palacio, tuvo ocasiones de admirar su celo, caridad, ciencia y rigidez consigo mismo y con los demás, tanto en la época en que gobernaba tan solamente la archidiócesis como cuando, al volver a España el virrey don Luis de Velasco, marqués de Salinas, se hizo cargo el buen religioso del gobierno del virreinato. Años en los que el famoso escritor sevillano vivió a cubierto de la estrecheces que había sufrido toda su vida y que tanto debieron contribuir a dejar en su alma el poso de amargura de que siempre estuvo impregnada. Por eso cuando, a los pocos meses de haber hecho su entrada solemne como virrey, muere el Arzobispo, dejando a Alemán desamparado y en tierra extraña, su dolor no es sólo el de quien ha perdido a un amigo y a un padre, sino el de quien se ve obligado a sufrir borrascas y tempestades después de haber gozado por breve tiempo las dulzuras de un seguro puerto. Dolor que, unido a la lealtad a su protector, le lleva a defenderle de las murmuraciones de los que le acusaban de poca humildad al verse de pronto convertido en virrey. A este propósito

obedece el libro publicado con el título de Sucesos de don fray García Guerra, Arzobispo de Méjico, a cuyo cargo estuvo el gobierno de la Nueva España, impreso en Méjico en 1613 con la ortografía que había inventado Mateo Alemán, y que lleva como remate la Oración fúnebre que hoy publicamos como homenaje de Sevilla a su ilustre hijo en el cuarto centenario de su nacimiento.

En estos Sucesos, que sólo narran la vida del Arzobispo desde el momento que salió de Cádiz, alternan las fastuosas descripciones de su recibimiento y de sus funerales con la de los prodigios que, según afirma cautelosamente Alemán, podrían tomarse como anuncio de su muerte si nuestra religión nos lo permitiera; fondo luminoso de oros y brocados sobre el que destaca la humildad del fraile, que al tomar posesión del virreinato se fué a encomendar a Nuestra Señora de Guadalupe, que renunció al tratamiento de Excelencia a que tenían derecho los virreyes, que recibía a todo el mundo y que se esforzó por reducir al mínimo las fiestas con que la ciudad proyectaba obsequiarle. Tema de la humildad que se repite con insistencia que es clara prueba de que el fin principal de Mateo Alemán es precisamente el poner de relieve la que atesoraba fray García Guerra y sobre el que vuelve en la Oración fúnebre.

Tres son las partes en que la Oración puede dividirse. Es la primera una meditación, grave y solemne, sobre la muerte, en que las citas de las Escrituras, los santos padres y los filósofos de la antigüedad se van engarzando unas en las otras, según el procedimiento que Mateo Alemán había ya usado en el San Antonio, dando con ello esa sensación de exuberancia y frondosidad que es tan típica del Barroco y que otros autores dan al multiplicar motivos mitológicos. La segunda parte es el panegírico del Arzobispo, cuya modestia, celo, austeridad, amor al estudio, caridad, religión, obediencia y espíritu de justicia son sucesivamente exaltados, pintándose en el retrato de cuerpo entero de un varón verdaderamente evangélico, dechado y espejo de las virtudes, sin que tengamos por eso la sensación de que Mateo Alemán haya llegado hasta lo hiperbólico. Finalmente, en la tercera parte, que sin duda alguna constituye una de las mejores páginas suyas, se nos ofrece en amplio desarrollo el viejo tema del desengaño, con un vigor y fuerte patetismo que recuerda el de las famosas postrimerías de nuestra iglesia de la Caridad. Vemos en ella el motivo estoico del hombre representante que acaba la farsa en el momento de acabar la vida al lado del bíblico del Ubi sunt, la pintura de los prodigios que precedieron la muerte del Arzobispo junto a reflexiones en que nos incita a mirarla como advertencia y una paráfrasis de varios versículos del Libro de Rut en medio de sentidas lamentaciones en que la violencia de los afectos se expresa en la variedad del esquema sintáctico, que ora se encrespa en interrogaciones, ora multiplica las frases breves, pungidas y entrecortadas.

La Oración fúnebre, junto con los Sucesos, fué reimpresa por don



VERDADERO RETRATO DE

MATEO ALEMÁN

Reproducido del precioso y rarísimo libro ORTOGRAFÍA CASTELLANA, impreso en México por Jerónimo Balli, 1609.

Vicente de P. Andrade en su Ensayo bibliográfico mexicano del siglo XVII, cuya segunda edición, que es la que hemos visto, es de Méjico, 1899. Posteriormente Miss Alice H. Bushee los reprodujo en la Revue hispanique, t. XXV (1911), siguiendo fielmente la ortografía inventada por Alemán. Esta es por tanto la primera vez que se la publica en España. Al hacerlo hemos hecho uso de la moderna ortografía española, respetando la forma de las palabras y corrigiendo las erratas evidentes de una edición bastante descuidada, para lo cual nos hemos valido en varias ocasiones de los consejos de nuestro amigo el señor Gili y Gaya.

ENRIQUE MORENO BAEZ.

Profr. de la Universidad de Londres.

ORACION FUNEBRE DEL CONTADOR MATEO ALEMAN, CRIADO
DEL REY NUESTRO SEÑOR, A LA MUERTE DE D. FR. GARCIA
GUERRA, ARZOBISPO DE MEJICO, VIRREY, GOBERNADOR Y
CAPITAN GENERAL DE LA NUEVA ESPAÑA

¡Oh temor natural de la muerte! ¡Oh muerte, forzoso paso para eterna vida! ¡Oh eterna vida, sin temor de muerte! ¡Oh muerte, vida mortal que no eres vida, pues pesas como el humo de vela y nunca en un estado permaneces! ¡Oh santo pensamiento de novísimos, deleite suave de justos, injustamente olvidado de muchos! ¡Oh incierta hora, incierto lugar y modo, que, como si no fueses, así corres! ¡Oh mortales Ulixes, que, amarrados a el árbol de la vanidad, cerramos los oídos a la suave y concertada música de este fúnebre suceso, que nos despierta del sueño y a voces nos avisa que velemos! ¡Oh locos navegantes, que nos pesa de los prósperos y favorables vientos que nos llevan a descansar en el seguro puerto, después de tempestades y tormentas! Caminantes descaminados, que habiendo peregrinado por peligrosos y enriscados montes, huímos de llegar a nuestras casas, a el regalo y frescor que nos espera en ellas. Díónos la naturaleza este mal hospedaje, donde nos mienten, adulan, roban y maltratan, para que huyésemos de él, sin querer detenernos más que tomar una refacción, calzadas las espuelas, y pasar adelante. Como lo sintió el Filósofo, en su libro *De senectute*, diciendo: *Despídome de esta vida, como de un mesón o venta*. Y el Apóstol, escribiendo a los hebreos: *No tenemos aquí ciudad ni casa permanente; adelante pasamos*. Y dijo el divino Juan: *Para que descansen de los trabajos*. Por esto llamó a la muerte granjería, como cosa que tanto deseaba. El real profeta David se llamó a sí y a sus padres advenedizos extranjeros; que, como tal, deseaba volverse a su patria verdadera, según el ciervo desea las fuentes

de las aguas. Estaba su alma sedienta de Dios y, pareciéndole que se le dilataba el día, vuelve quejándose a voces, y dice: *¡Ay de mí, que se me alarga el tiempo de ir a mi patria verdadera! ¿Cuándo veré la hora de llegar a su presencia?* Cuando el santo viejo Simeón tuvo a Cristo niño en sus brazos, dijo: *Ahora, Señor, dejas a tu siervo en paz, porque vieron mis ojos tu salud.* Quiso decir que tendremos verdadera salud y paz cuando de los trabajos, tormentas y naufragios de la vida saliéremos a el puerto de la eterna. Por esto nos advierte Jeremías que no se lloren los muertos. Y dice: *Llorad a los que nacen: los muertos mueren para vivir y los que nacen es para morir.* Tal es la vida, tanta y tan grave carga se recibe con ella, que dijo el santo profeta Elías, ya cansado de las molestas persecuciones de la reina Jesabel: *Básteme ya, Señor, lo vivido, saca mi alma de tan ásperas persecuciones y trabajos.* Tobías el viejo, acosado de los oprobios y afrentas de su mujer, entre suspiros y lágrimas, pedía con ellas a Dios y decía: *Haz ahora, Señor, en mí tu voluntad, recibe mi espíritu en paz.* Sara, hija de Raquel, viéndose apurada de una criada suya, que le daba por baldón haber muerto siete maridos, ayunó tres días y tres noches, no comiendo ni bebiendo; sin tocar a su boca otra cosa que continuas lágrimas, le pidió con ellas a Dios la librase de semejante afrenta, diciendo: *Lo que te suplico, Señor, es que no sea yo semejantemente denostada sin culpa, o que me desates de aqueste nudo de la carne, llevándome de aquesta vida.* Son las ocasiones de ella tan graves y tantas, que no solamente obligan a desear la muerte por sí solas, mas por lo que Dios es ofendido con ellas de los malos. Así lo sintieron el pacientísimo Job, cuando dijo: *Pereciera el día en que nací. ¡Nunca él hubiera sido! Y la noche cuando me concibió mi madre, peréciera. ¡Volviérase tinieblas aquel día! Y el profeta Jeremías: El día cuando nací sea maldito; y no sea bendito el en que me parió mi madre.* Estas consideraciones eran las del santo real profeta cuando dijo: *Alegréme con el parabién y buenas nuevas que me dieron, que tengo de ir a la casa del Señor.* El divino evangelista llama dichosos y bienaventurados a los que acaban en El sus días.

Afuera lágrimas, afuera sentimiento: vuelva por sí el espíritu, desengañe a nuestro apetito, quitele las cataratas que le tienen ciego; y, pues no se puede llamar terrible lo común y forzoso, aunque haya dicho Aristóteles verdad ser la muerte la cosa más terrible de todas, por eso somos hijos del Adán segundo, y si, como atontados locos, este desventurado barro estuviere cocido en fuego de amor propio, y endurecido en codicia, desvanecido en vanos pensamientos, demos a la santa consideración puerta franca y acogida, que con su favor veremos la modorra que nos ha dado, el frenesís que nos divierte, la sombra que nos engaña y el ciego gusto que nos guía, huyendo lo que tanto nos importa. Volvamos y miremos como cuerdos que, aunque la cuesta nos parece agra, tenemos el paso ya seguro y llano; que lo que la naturaleza hizo más grave de su-

frir lo hizo a todos común, para que lo áspero del trabajo lo ablandase la igualdad. Oigamos lo que Séneca nos dice: *No me puedo persuadir haber hombre tan ignorante, si no es bestia, que no conosca de sí haber de venir tarde o temprano a caer en las manos de la muerte.* Si esto es así, ¿qué lloras, loco?, ¿qué temes, desventurado? A esta ley naciste sujeto; guardáronla tus padres, tus mayores y más ancianos, y la tienen de cumplir los venideros. Que no es pequeño consuelo pensar que nos ha de suceder lo mismo que a todos y en todo tiempo. Dime: ¿y por ventura no pensabas que habías algún día de llegar adonde ibas? No lo ignoró Anajágoras, de quien refiere Valerio que trayéndole la nueva de que un su hijo era muerto, no sólo no se alteró, mas muy sosegado dijo: *No me dices alguna cosa que yo no sabía ni tenía olvidada, que bien conosco ser los hombres mortales.* No hay alguna seguridad, porque se van pasando las edades y en todas corta la hebra la muerte, tanto en el tierno infante que acaba de nacer del vientre de su madre como del más decrepito y anciano. La ley de morir a todos es igual y una, sin que alguno se reserve. No se podrá llamar alguno desdichado en aquello que fuere general igualmente a todos. Así dijo Cicerón, en sus *Cuestiones tusculanas*: *El que teme lo imposible, también lo es que pueda vivir con ánimo quieto. Cada día morimos, dice Séneca, y cada día perdemos de la vida. Cuando crecemos menguamos, pasamos a la puericia de la infancia, de allí a la adolescencia, y hasta la senectud no es otra cosa que un irnos acercando a la posada.* Pasan las horas, días, meses y años, el tiempo pasa y no vuelve y el que vendrá no sabemos, y sabemos que desde su principio a el fin hubo y ha de haber trabajos y miserias, de que dize Job estar el hombre lleno. Duro y pesado yugo, impuesto sobre los hombros de nuestra carne flaca, que comienza cuando salimos del vientre de nuestra madre y no lo dejamos hasta entrar en las entrañas de la tierra. Desde los poderosos a los necesitados, fuertes y débiles, cetros y azadones, de quien dice Boecio: *Todo lo allana la muerte; lo humilde y levantado.* Y Horacio lo sintió igualmente cuando dijo: *Así la muerte pálida iguala de los pobres las tabernas como las torres fuertes de los reyes.* Ley es de naturaleza que cada cosa de las criadas vuelvan a ser aquello que antes fueron: las nubes que produjeron las aguas las vuelvan a verter sobre la tierra de donde las exhalaron. El Eclesiástico dice: *Volverán otra vez a ser tierra las cosas que cría la tierra y a el mar todas las aguas.* Esta fué sentencia divina: *Para que volváis a ser tierra, de lo que fuisteis formados.* Este bofetón se nos da en la cara en cada un año; esta pnsión o farda pagamos en pena de nuestra inobediencia. El Apóstol, escribiendo a los hebreos, les dice: *Decretado está de Dios contra los hombres que mueran.* Morir tenemos: no hay a quien apelar de la sentencia. Y así refiere de Horacio san Gregorio ser nuestra vida como el que navega, que comiendo, durmiendo, velando, estando y andando, siempre se navega; queramos o no queramos, caminamos. Ello en resolución ha de ser y, como el real

profeta nos dice, nuestro más largo vivir no pasa de setenta años, ochenta cuando mucho, y si alguno pasa de ellos es con dolor y trabajos. Ultimamente, aunque sean los años de Néstor, tienen fin, que llegados a él nos parece lo pasado todo nada y que la vida comenzaba entonces. Catón, siendo un gentil, dijo muy gentilmente a Cicerón acerca de esto: *Verdaderamente para mí agradable cosa es la vejez, por hallarme con ella tan próximo a la muerte, como si en la navegación descubriese tierra o puerto.* Si a los que faltó la fe tuvieron este conocimiento, ¿por qué les ha de faltar a los que la mamaron con la leche? Y aunque no se puede negar que todo animal desea conservar su salud y evitar la muerte, hácenlo en razón de la naturaleza, como desear bienes en abundancia, colmada salud y próspero suceso; que todo lo contrario les parece castigo, y no lo es, antes lo podremos tener por muy grande y generosa misericordia del Señor. Que siempre las divinas ordenaciones nos parecieron encontradas con las ignorancias nuestras. Dime: ¿quién fuiste, hombre? Nada. ¿Quién eres, hombre? Soy hombre. ¿Quién serás, hombre? Gusanos. ¿Y qué los gusanos? Tierra. Dime, pues, principio de nada, que tu fin ha de ser tierra, el tiempo que fuiste hombre ¿qué te pasó en aquel medio? Vime anegado en un mar de lágrimas, fuí un hospital de varias enfermedades, una confusión de trabajos, una esclavitud perpetua de pasiones naturales, una pequeña barquilla contrastada en el golfo de varios vientos, una sed insaciable que se acaba con la muerte. Y la muerte ¿qué tal es, cuando la vida se nos pinta de tan mala condición y tan llena de miserias? Diré lo que dicen los que bien la conocen y santos afirman. Es la muerte fenecimiento de cuentas viejas muy marañadas; mandamiento de soltura para salir el alma de la prisión del cuerpo; fin de penoso cautiverio; consumación de trabajos; puerto que tras la tormenta se descubre; peregrinación fenecida; pesada carga quitada de los hombros; huida del edificio que se viene a el suelo; apearse de un caballo furioso, desenfrenado y loco; terminación de pasiones y enfermedades; evasión de cuidados y peligros; consumación de males; cancelación de obligaciones debidas a la naturaleza; dichosa llegada que hicimos a nuestra casa; descanso y bienaventuranza en vida eterna. Esto consideraba el Eclesiástico cuando dijo: *Volví los ojos y vi las calumnias que corren por todo cuanto el sol corre, las ardientes lágrimas y suspiros de los inocentes; y no vi quién de ellos tuviese misericordia o les diese algún consuelo ni pudiese resistir a su violencia. Estaban tan desamparados y solos que, considerando en sus adversidades, tuve por más dichosa suerte la de los muertos; y así digo ser muy mejor el día en que se sale de aquesta vida que no el que se viene a ella.* Y como dice San Ambrosio: *¿Quién duda de los bienes de la muerte? Si aquello que nos inquieta, lo que nos es enojoso, enemigo, tímido, inquieto y borrascoso lo allana y asegura, ¿qué le huímos? ¿de qué nos acobardamos, siendo verdaderamente más digna de ser amada que temida? Teman la muerte, dice Cipriano, los que no son miembros de la Iglesia. Teman la*

muerte los que no sienten de la pasión y sangre de Cristo. Teman la muerte los que de la temporal han de pasar a la eterna. Teman la muerte los que de tal manera pasan la vida sin Dios, que no han de gozar de Dios, ni los trabajos ni tormentos de esta vida tendrán fin en la otra. Empero el justo, el bueno, el cristiano que como tal considerase lo que dice San Ambrosio, que todo lo de aquesta vida es lazos o perchas armadas en que hacernos caer, el que tratase de no quedar asido en ellos, el que como nuestro príncipe viviere tan religiosa y santamente, no le será enojosa la muerte. Mala será la muerte del que tuvo mala vida: sus obras le irán siguiendo, y no se podrá llamar vida la que no se dispuso para la eterna. Mas los que, cual el presente capitán general, saliere de la batalla, que llama Job, en la tierra victorioso, el que la dejare vencida, peleando legítimamente, bien merecerá la corona y de verse, con justa razón, más envidiado que llorado. Y para nuestro consuelo, gloria y honra de Dios Nuestro Señor, pues El mismo nos da licencia que alabemos a los muertos y llamemos buen piloto a el que tiene ya segura y amarrada la nave dentro del puerto, justísima cosa es manifestar a los vivos lo digno de referir: virtudes y vida ejemplar de Su Señoría Ilustrísima. Servirános de un espejo, donde, reverberando el sol de sus virtudes, dará luz con que veamos nuestros vicios; juntamente con su ejemplo concertaremos nuestras pasiones y costumbres.

Fué tan religioso fraile, después que lo dejó de ser, si así se puede decir, que no se le conoció ni un levantar los ojos en que pudiera ser notado. No consintió en los principios de su arzobispado que alguna mujer le hablase, hasta que le obligaron a ello, para la buena expedición de negocios, informándole haber sido costumbre antigua, loable y necesaria el darles audiencia. Celó de tal manera su casa que mandaba cerrar las puertas poco después del sol puesto, y el criado que no estaba ya recogido se quedaba fuera de casa, y el día siguiente le reprehendía con severidad y aspereza. Visitábales los aposentos a deshoras de la noche, para ver en qué se ocupaban y cómo vivían. Y si acaso estaba empedido, encargaba que lo hiciese por él persona de satisfacción. Requería las puertas de la calle y examinaba las llaves de casa, para entender si de noche salían o entraban, o si se abrían después de haber cerrado. Hacía los confesar y comulgar a menudo y él mismo por su mano les daba el Santísimo Sacramento en su capilla. Todos los días del año por las tardes les hacía cantar en voz alta la Salve, hallándose presente a ella, para cantarles las oraciones y conmemoraciones de santos, no consintiendo que le faltase alguno; lo cual se continuó todo el tiempo que vivió en sus casas arzobispaes.

En los primeros advientos que tuvo en esta ciudad, y las cuaresmas de ellos, hizo sus diligencias posibles y extraordinarias para no comer carne, y, obligándole los médicos y su confesor a ello, no pudiendo ya excusar, decía tener invidia notable a sus compañeros religiosos, porque cumplían con su regla y precepto de la Iglesia; que conocía en aquello de si ser

muy grande pecador, pues le privaba Dios de aquel regalo y gusto. Tanto sentía no guardar en aquellos tiempos abstinencia que, cuando se hallaba con alguna mejoría, no comía uno ni otro y se pasaba con guisados, verduras o frutas y otras cosas, muy limitadamente. Los días de Viernes Santo, que tuvo en Méjico, se recogió en el Monasterio de Santo Domingo, su religión, y, como un fraile ordinario de ella, comió en la comunidad, ayunando a pan y agua, sin consentir que alguno de sus criados le sirviese ni asistiese allí con él, ni se usase de alguna ventaja más que según con los más conventuales. A su mesa, cuando comía, mandaba leer vidas y martirios de santos, y los viernes la regla de su padre Santo Domingo. Fué perpetuo estudiante, y pesábale mucho que cuando estudiaba se ofreciesen casos que le apartasen de los libros, a quien llamaba él amigos viejos.

Fué muy caritativo y limosnero. Cuando iba visitando su arzobispado no consintió que se pidiese limosna en las confirmaciones más de lo que cada uno quisiese ofrecer de su voluntad. Y si algún indio no la ofrecía, le daba limosna, pareciéndole que, pues no la daba, no la tenía y debía de padecer necesidad. Todos los días de sábado se daba limosna general en su casa, y las más veces la hacía por su mano. Poníase a conversar con los pobres y decía que aquel tiempo que trataba con ellos era el mejor de su vida. Solíase descuidar en hablar con ellos y quedarse sin comer algunas veces hasta después de la una de la tarde. Gustaba mucho de que los pobres fuesen contentos y se diese limosna en abundancia, y una vez que por ocupación forzosa no se pudo hallar a repartirla, sucedió acudir muchos más pobres de los que a poco más o menos acostumbraban de ordinario, de manera que le faltaron dineros a el limosnero y se fueron sin ella muchos; después, cuando Su Señoría Ilustrísima lo supo, recibió grande pena y mandó expresamente que para lo de adelante se tuviese mucho cuidado en darla, y si acaso faltase dinero vendiesen la plata y alhajas de su casa, sin perdonar a el báculo pastoral: porque la hacienda del prelado era de pobres y no suya. El sábado siguiente la repartió por su mano, dándola doblada, por subirla a los que le faltó el sábado antes.

Tuvo regalo particular en la oración, gastando en ella todo el tiempo que pudo eximirse de negocios, quedándose a solas con un Cristo en las manos, que tenía puesto siempre a la cabecera de su cama, y le daba mucha pesadumbre que lo inquietasen cuando estaba orando, porque no lo hallasen los ojos tiernos de lágrimas que vertía.

Presentóle un padre de la Compañía una espina de la corona de Cristo, estando enfermo, y, trayéndosela casi a las nueve de la noche, la mando recibir en procesión y que así se la llevasen a la cama, donde la recibió con grandísima veneración, dándose recios golpes en los pechos, y, regalándose con ella, le dijo muy amorosas y tiernas palabras, mezcladas con abundancia de lágrimas, provocando a los presentes todos le acompañaran con ellas. Y, teniéndola en sus manos, mandó a el licenciado

Cristóbal Díaz del Toral, su capellán, leyese la pasión de Cristo. Hízolo devotamente, y cuando llegó a decir *Unus assistens ministrorum dedit alapam Jesu, dicens: ¿sic respondes pontifici?* se dió muchos bofetones en su rostro, tan recios que causó lástima y compasión en los presentes. Como su devoción particular era que se la repitiesen muchas veces, cuantas llegaban a este paso hacia lo mismo; en especial cuando se iba más acercando a la muerte.

Fué tan humilde religioso que, como vimos cuando falleció la cama en que dormía, no se aventajaba en algo a la de los más ordinarios conventuales. Era su vestido pobre, como el de los otros frailes, y no lo quiso mejorar ni mudar en algún tiempo, siendo de una común estameña. Decía que si por aquel pobre hábito le había hecho Nuestro Señor tantas mercedes a un tan grande pecador como él, que sería mucha ingratitud el mudarlo; y que así estimaba en mucho más para su gusto un simple calzón de estameña que los brocados de todo el mundo. A sus criados pedía con ruegos y lágrimas lo encomendasen a Dios. Pedía perdón de la inquietud y desasosiego con que andaban por su enfermedad, sin reposar ni dormir; que se fuesen a descansar y lo dejaran solo. Estando con un privado suyo veinte días antes que falleciese, le pidió le perdonase por amor de Dios y le rogase muy de veras que tuviese misericordia de él, porque sus días iban faltando muy apriesa y saldría muy en breve de esta vida, porque la divina voluntad era llevarlo de aquella enfermedad.

Hacía tanta estimación de la obediencia, que habiendo perdido de todo punto las ganas del comer, sin poder pasar alguna cosa, para que tomase algo, bebida o comida o ya fuese medicamento, si el Provincial de Santo Domingo se lo mandaba por santa obediencia, porque asistió de ordinario a su enfermedad, procuraba esforzarse cuanto podía en tomarlo; empero, luego lo trocaba.

Usaba en sus causas de tanta rectitud que cuando visitó su arzobispado no consintió que para sí ni cosa suya se recibiese o pidiese más de aquello que justamente se le debía, y eso con mucho límite, pareciéndole los naturales muy necesitados y pobres. No permitió ni dió lugar a que alguno de sus criados favoreciese ni solicitase causas de merced por dádivas o intereses, y, en sintiéndoles algo de esto, le daba mucha pesadumbre y lo negaba. Un muy privado suyo le pidió de merced ciertas tierras y, sabiendo que las pedía para venderlas, quedó muy escandalizado y dijo: «¿Qué dirá el mundo de mí, «si se supiese que doy a mis criados cosas» que vendan?»

¡Cuántas cosas pudiera decir, cuánto me pudiera dilatar si el estilo lacónico que sigo me diera licencia! Porque, si volvemos los ojos a sus causas, no hallaremos en ellas algo en que no las haya justificado; y tanto que, por no determinarse dudoso, le acusaban de remiso por lo que se ocupaba en diligencias exquisitas para quedar asegurado.

Dice Cristo Nuestro Señor que conoceremos el árbol por el fruto:

que tal serán uno y otro. El buen fruto debe tener olor, color y sabor, y el hombre a quien se compara olor de buenas costumbres, color de perfecta santidad y gusto de perseverancia. Todo esto conocimos en el árbol de nuestro regalo y sombra. Buen color en sus loables ejercicios, como está dicho; gusto en el darlo a todos, no aflojando de sus obligaciones, y guardar su regla; olor y fragancia de su vida penitente, que no sólo se dilataba y extendía en los aposentos y retretes de sus criados, mas por todo su diócesis, Hacía lo que decía y obraba lo que mandaba. Trataba con humanidad, amonestaba con afabilidad, consolaba con caricias, castigaba con templanza, persuadía con eficacia y juzgaba con dos oídos, no quitando a la justicia ni olvidando a la misericordia. Era templado y fuerte, sin temor que le turbase ni amor que lo divirtiese. Y si de la voz del pueblo lo quisiéramos juzgar, díganos lo que sabe la provincia, todo su arzobispado, todo el reino; publíquenlo sus criados, familiares y conocidos. Den gritos las obras de caridad, las limosnas que de secreto hacía, tantas y de tanta consideración, a personas tan principales como pobres, la religiosa clausura de su casa, el rostro alegre que mostraba, el continuo ejercicio de la oración, resignando siempre sus cosas todas en las manos de Dios, el conformarse siempre con ella, los ayunos, abstinencias y sangrientas disciplinas. Olor suavísimo. Gusto sabrosísimo. Color hermosísimo. Voz común y general que a todos nos obliga y nos hace sentir bien de su salvación, según cristianos.

Paróse como un viento su vida; fué una sombra; marchitóse como flor, secóse como el heno, con poca inclemencia de tiempo. No con tanta facilidad corta el diestro tejedor el pizuelo de la tela, ni la nave se desapareció en el mar con la fuerza del viento favorable, ni el correo camina por la posta, ni el águila hambrienta con vuelo tan veloz y presto se abalanzó a la presa, cual ella huyó en breve, dejándolo en las manos de la muerte. ¡Oh ciencia cierta! ¡Oh doloroso ejemplo, donde corrida la cortina nos deja descubierto a la vista lo que somos!

Farsa es la vida del hombre, teatro es el mundo adonde representamos todos. El autor y señor de ella reparte los papeles acomodados a cada uno, como sabidor de las cosas todas, en la manera que más nos ajustan y convienen, sin faltar un punto en algo de lo que nos es importante, para que no se yerre la farsa. Encomendóle dos figuras a nuestro príncipe, las más importantes y graves de ella. Decoró sus papeles y representólos con santísimo celo, mansedumbre, amor, gravedad, rectitud y prudencia, como buen representante, sin que se le notase falta. Fueron los dichos de sus figuras breves y representólos presto, en abrir y cerrar los ojos. Entró en el vistuario de la muerte, desnudóse los adornos y ropajes de tanta curiosidad y misterios, convenientes a sus figuras; volvió a tomar el vestido de su misma naturaleza, gusanos, polvo y nada, quedando igual en todo con todos.

Apenas había comenzado a romper el alba de su clara doctrina y

consumadas letras. El sol resplandeciente de sus virtudes y gobierno quería esparcir sus rayos por este nuevo mundo, antes de cobrar fuerza en calentarnos, cuando el oscuro nublado de la caliginosa y negra muerte nos lo dejó cubierto con sus tristes y espesas tinieblas, habiéndose metido el tiempo en agua y amenazándonos antes con señales portentosas, indicios o sospechas de su corta vida. ¿Qué otra cosa nos pudo anunciar la violenta y repentina muerte de dos naturales que vió acabar en su presencia, en los días en que recibió los dos gobiernos? ¿Qué se pudo colegir, que haber sido un aviso del cielo, para que considerase que los comenzaba por la muerte y que cual era la entrada sería la salida? ¿Qué aquel alborotarse las bestias domésticas, desenfrenarse furiosas, rodar apresurada la carroza, saltar de ella y dar con todo el cuerpo en el suelo, sino un aviso, una citación de remate de la vida por el desenfrenado desconcierto de los ministros de nuestra flaca naturaleza, que nos llevan fuera de curso, apresurando el tiempo, a dar de ojos en el sepulcro, derribándonos de golpe del carro de la majestad, poder y mando? ¿Qué aquel eclipse de sol nunca visto en estas partes en tiempos nuestros? ¿Qué se pudo de allí sacar, que ser una voz cruel de aquel celestial planeta, que decía que todo el sol del gobierno eclesiástico y seglar en breve sería eclipsado, y así lo pronosticaron algunos profesores de Astrología? ¿Qué aquel temerario temblor de tierra, tantas veces tan apriesa, y en el día de sus mayores gustos? Paréceme haber sido desengañarnos que aquí nada es permanente, seguro ni fijo, y una hambre cruel con que la tierra pedía el bocado de mayor importancia con que pudiera henchir su vientre. Señales todas portentosas y graves que nunca suelen suceder sino en casos graves y en señaladas faltas de reyes y pastores. Y lo que nos debe admirar más es en lo que reparamos menos y muchos vimos: llover ceniza el día de San Juan Evangelista, día tercero de Pascua de Natividad, el año pasado de seiscientos y once, habiéndose mostrado la región del aire de un color negro azafranado desde las dos y media de la tarde hasta que se puso el sol, que se acabó con un grande aguacero. Prodigios y anuncios a que, si nuestra sagrada religión diera licencia, nos obligara que pudiéramos afirmar osadamente que nuestro príncipe, gobernador y padre presto nos dejaría descarriados. Mas ya, cuando queramos dar de manos, como debemos, a señales que no son en sí de alguna sustancia para inferirla de ellas, y tengamos mal entendidos los efectos naturales, a lo menos ya no puede no haber sucedido la desgracia, ni el ser todo fabuloso nos podrá desagrar la pena. Que aunque, como queda dicho, la muerte de suyo es buena, no por eso no excusa el debido sentimiento para con él preguntar a esta muy noble, insigne y leal ciudad: Oh Méjico, señora poderosa, princesa del nuevo mundo, pues tienes hecha experiencia que el tiempo que más brevemente se pasa es el del gusto, sin haber cosa libre de mudanzas, ¿qué fué de tu hermosura?, ¿qué se hicieron tus fiestas, tus placeres y danzas?, ¿qué tus curiosas libreas? ¿Qué

aquellos arcos triunfales, alegres instrumentos, repiques de campanas, gallardos talles y bríos, lozana caballería y enjaezados caballos? ¿Qué las varias y costosas colgaduras, carmesíes, telas de oro, primaveras, costosos aderezos, leventada plumajería y rostros alegres? Pasó como en el aire la cometa, no quedó de todo ello más de una vieja y rota mortaja, luto triste, negras bayetas, lóbregos capirotos, ropillas desentalladas, hilvanadas lobs, lágrimas y suspiros, dolorosos clamores y dobles, exequias fúnebres y confusión de males. Que cuando los pensamientos y gustos estriban o están pendientes del hilo flaco de la vida, pequeña ocasión basta para dar con todo en el suelo. Destruyéronse mis caminos, mis desdichas me acecharon, apoderáronse de mí sin haber quien me favoreciese, y como rota la muralla y a puertas abiertas me acometieron, hasta verme por el suelo. Frustráronse mis deseos; llevómelos volando el viento, dejándolos arruinados y deshechos. Mi salud se pasó como las nubes, marchitaron mi alma un escuadrón de aflicciones, tomando de mí la posesión en ella. Toda la noche di voces, que me tienen la boca horadada y no me dieron socorro. Velan y no duermen los que mis canes despedazan y entre su multitud están rotas mis vestiduras. Ya no soy la que solía, soy un lodo, una centella muerta, soy ceniza. Y todo me sucede por pecados. No me llaméis ya Noemí; llamaréisme desdichada, sola y amarga, porque la mano del Señor me tocó en la cabeza. Llámolo y no me oye, huye su rostro y no me mira, háseme mostrado cruel y contra mí levantó su brazo.

Grande golpe ha sido éste, grande aldadada tocó a nuestra puerta; salgamos a ver quién llama, qué quieren o qué nos dicen las cajas destempladas, las banderas arrastrando, las armas vueltas, el asombro de la gente, lágrimas de los hombres y del cielo, continuos dobles, general tristeza y notable sentimiento, aun en los animales brutos. Veamos qué nos quiere decir esta confusa multitud, esta máquina de cosas: quitarnos Dios tan en breve la columna de fuego de caridad que nos guiaba, cortar la rosa de las espinas y sacar el cordero de la zarza. Misterio tiene, no ha sido acaso ni en balde. Y si como Irineo y Agustino dicen que Cristo lloró la muerte de Lázaro por la falta que hacía en el mundo un justo y amigo suyo, licencia nos concede para verter debidas lágrimas en la falta de un tan observante y religioso príncipe de la Iglesia, pastor humanísimo, virrey dignísimo, capitán general clementísimo, padre piadosísimo, afable y manso, de quien piadosamente podemos entender que vive vida eterna.

Veis, pues, aquí el tan consumado en todo, el que se pudo decir que pudo, que no se pudo librar de la muerte. No lo pudieron defender sus consejeros y letrados, no sus guardas y soldados, no sus amigos ni criados. Ya están rotas y deshechas las ruedas de aquel reloj, cuyo dedo nos gobernaba, concertando nuestras vidas. Aquella grave severidad, rostro apacible, humildad, comedimiento, cortesía, modestia, crianza y respetos

nobles, ya no son. La cabeza de oro, pecho de plata, brazos y cuerpo de más metales, una vil pedrezuela que cayó de lo alto del monte lo derribó por el suelo. Que mínimos principios no atajados engendran gigantes efetos, feroces y soberbios. Un fácil achaque despreciado, no entendido ni conocido eclipsó nuestro sol, apagó la hacha del monte y puso la luz debajo del candelero, dejándonos asombrados.

En pérdida semejante, de tanta consideración y precio, en tan conocida falta, en dolor que tanto a las almas llega, en trabajos inevitables en que falta todo medio y carecen de humano remedio, el verdadero, suficiente y solo es volvernos a el Señor y decir con Jeremías en la muerte de aquel santo rey Josías: *Acuérdate, Señor, de tu pueblo, de este miserable suceso, de este acibarado caso que nos ha sucedido; vuelve y abre sobre nosotros esos misericordiosos ojos tuyos, para mirar nuestras afrentas, remediando nuestros oprobios, que así se pueden llamar tus castigos. Has dejádonos descarriados y huérfanos, llevándote a nuestro padre. Han quedado viudas nuestras madres.* La Iglesia Catedral Mejicana, mater y metrópoli, con las de su distrito, a quien les quitaste su esposo. Busquélo y no pareció. No lo volveremos más a ver, no está en su asiento real ni arzobispal. Desiertos veo los caminos, que no hay quien pase por ellos. De par en par están abiertas y desamparadas las puertas de su casa. Ya no lo vemos adonde y cómo solía, remediando secretas y urgentes necesidades. Las manos liberales y francas que con fuego de caridad vertían sobre los pobres plata y oro ya están heladas y frías, caídas y descoyuntadas. Fáltonos el consuelo, el alegría de nuestro corazón. Volviéronse luto y llanto sus malogradas esperanzas y las nuestras. El cetro y el cayado, el capelo y la corona de nuestra cabeza cayó en tierra. Culpas graves han sido las nuestras, pues con tanta gravedad le castigan. ¿Qué otra cosa se puede pensar? ¿O qué podemos decir, sino que nos ha sucedido a la letra lo que tenemos en el Exodo, cuando aquel gran caudillo del pueblo de Dios, Moisés, dejándolo en lo llano subió a lo alto del monte a recibir la ley escrita en las dos tablas de piedra, que, cuando bajó con ella, porque lo halló idolatrando en un becerro, las tomó, como dicen, a dos manos y, dando con ellas en la falda de aquel monte, las hizo pedazos? Las tablas de la ley han sido nuestro príncipe defunto, constituido en dos dignidades: en la una tabla tenía escritos los preceptos del culto divino y en la otra los de la justicia distributiva; divino y humano, de Dios y del prójimo, cual otro Melquisedec. Enojóse Dios contra nosotros, vió que nuestros pecados eran muchos, nuestra inobediencia grande, que idolatrábamos a el descubierto en el becerro de nuestros gustos y pasiones, perdido el temor y respeto. Dió con las tablas en el pie del monte. Allí están hechas pedazos en la peña del altar mayor. Saltaron las medulas de la cabeza, por una parte, los despojos interiores de su cuerpo a otra, los huesos a España, los gusanos aquí se apoderan de la carne y su alma dichosa subió a gozar de gloria eterna.